



# UN SABOR A VENENO

por Josette Alla, enviada especial

**H**AY la Grecia de los turistas, la que se descubre al descender sobre Atenas: un mar espejeante, un grupo de islas blancas, el sol la Acrópolis. Una bonita postal. Pero hay otra Grecia, la de los griegos, la auténtica Grecia. La de los barrios pobres, la de los intelectuales perseguidos; una Grecia donde nadie habla con nadie, donde todos los taxistas son soplones a sueldo de la Policía, donde hay que demostrar cualidades de «cristiano», de «patriota», de anticomunista a machamartillo si se quiere medrar y aun si se quiere vivir.

A veces —raras veces—, las dos Grecias se encuentran. En la galería de arte del Hilton, una americana de gruesas gafas exclama: «Marvellous!» ante dos esculturas de Tianaris que representan un busto mutilado, unido a una mesa por medio de vendas, y dos columnas de trapo blanco

sobre las que estalla el rojo de un clavel apresado por un alambre de espino. ¿Sabe acaso la americana que ese busto representa a Grecia? («Grecia es una enferma grave que tengo que operar», dice Papadopoulos, hombre muy aficionado a las comparaciones médicas.) ¿Sabe la americana que el clavel rojo es, en Grecia, desde hace mucho tiempo, el emblema de la resistencia? Lo más seguro es que no.

En Atenas, el tráfico es constante, el comercio funciona normalmente, los policías ofrecen un aspecto limpio, los barrenderos barren cada mañana la plaza del Pireo (con guantes blancos). En todos los taxis hay una medalla de la Virgen. Todo aparenta tranquilidad. Una tranquilidad tan profunda como la que hay en el gran cementerio, donde palmeras y cipreses puntúan los monumentos de mármol blanco y al

que acuden cada día las mujeres para depositar alguna flor —una lila, dos rosas, tal vez un clavel— sobre la tumba de Papandreu, símbolo de la democracia muerta. «No va tan mal el país», dicen los visitantes, mientras piensan en voz baja: «Después de todo, esta dictadura resulta soportable... para los demás». En esta espléndida primavera hay que ser griego para ver que el mar es rojo y negros los soles de Atenas.

## Ceniza gris

Porque son ya tres años los que lleva viviendo Grecia bajo una dictadura total. Aislados, pero fuertes, los coroneles continúan en el poder. Y es lo único que les interesa. Sabemos que no han conseguido ganarse al

pueblo. Que se han enemistado con la derecha, el centro, la izquierda, los intelectuales y todo lo que vale algo en Grecia. Sabemos que el bajo clero les es hostil y que, en la Iglesia ortodoxa, únicamente el arzobispo Jerónimo les apoya públicamente. Sabemos que el propio Ejército está profundamente dividido. Pero, ¿qué más da? Los coroneles gobiernan contra todo un pueblo, contra toda justicia, contra todas las leyes admitidas. Esto puede durar mucho tiempo, muchísimo tiempo...

De nada sirve hacerse ilusiones fáciles. «Trágame un puñado de tierra griega», me dijo, en París, un joven griego en el exilio. Lo que traigo parece más bien ceniza gris. Pero, ¿hay por ello que callarse? ¿Hablar de las dificultades con que tropieza actualmente la resistencia griega equivale, acaso, a servir involuntariamente

a la Junta? No lo creo. «Lo que voy a contarle no será del gusto de nuestros amigos ni de los griegos en el extranjero— me confía, en un tono cansado de voz, un resistente del partido comunista «interior» griego, salido, por una tarde solamente, de la clandestinidad—. Pero después de tres años de esfuerzos, no nos podemos permitir el lujo de evitar el análisis crítico. ¿Puede resultar perjudicada por ello nuestra imagen cara al exterior? Tanto peor. Durante mucho tiempo me preocupé de cargar el acento sobre los elementos "positivos" de nuestra lucha. Sin embargo, hoy ya no puedo ni quiero seguir en esa línea. Hay que decirlo todo. Hay que hacer un balance exacto de debilidades, de esperanzas y de errores. Es preciso ver con claridad cuáles son las auténticas perspectivas. Quizá ello desilusione a todos los que, desde el exterior, nos apoyan, y que, con la mejor intención del mundo, pintan las cosas demasiado bonitas. Pero para nosotros se trata de una cuestión decisiva. Si queremos continuar nuestra lucha, hemos de saber exactamente dónde estamos y hacia dónde nos encaminamos».

## La delación

En el otro extremo del tablero político, un viejo abogado, conservador quizá, pero valiente en todo caso, emplean un tono semejante: «Nada alentador puedo decirle. Tengo en la boca un sabor a veneno. ¿Qué podemos hacer? ¿Cómo luchar solos? Porque estamos solos. Todo parece destinado al fracaso».

No obstante, ha luchado ferozmente dentro de su campo. Fue arrestado, condenado y deportado por haberse hecho cargo de cierta defensa. Fue él quien, en el último proceso, tomó firmemente en sus manos un texto explosivo que los otros abogados (treinta en total) se pasaban unos a otros como si de una tea encendida se tratase.

Fue él quien leyó las treinta y cuatro declaraciones de sus treinta y cuatro clientes torturados. Gracias a él, tales declaraciones pudieron publicarse en forma de «documento» en la prensa griega y, por primera vez, todo el país se ha enterado oficialmente de algo que ya se sabía: que la Policía Militar tortura, que para algunos detenidos la cárcel es como un sueño: por lo menos se libran de los verdugos...

Quizá sea éste el primer punto a incluir en el balance «positivo»: la resistencia, en Grecia, agrupa a todas las tendencias, incluye en su seno a todos los amantes de la democracia. Sin embargo, el país está totalmente permeado por la Policía. («Yo solo conozco a once personas con las que ha entrado en contacto la K. Y. P.—Policía Secreta—, para infiltrarse entre nosotros», me asegura un resistente.)

En todas partes hay delatores y confidentes de la Policía: la semana pasada, por ejemplo, cierto tendero gritó, al ver pasar un coche conducido por americanos: «Esos ya podían quedarse en casa». Inmediatamente fue denunciado y a continuación detenido. Todos los métodos son válidos para sembrar miedo. En fecha reciente, unos cuantos estudiantes, que habían cometido la imprudencia de contestar a una encuesta, fueron llamados a la comisaría, donde un distinguido funcionario les gritó, golpeando la mesa con un puño: «¿Por qué os metéis en todo esto? ¡No se os pide que tengáis ideas! Por esta vez se os perdona; pero la próxima vez puede que os deportemos y os rompamos alguna costilla. Mientras tanto, quiero que me escribáis una declaración para afirmar vuestro odio por el comunismo, vuestro apoyo a la "revolución nacional" y lealtad hacia el Gobierno». Algunos lo hicieron. Otros, no.

Con la intimidación, la Policía consigue a veces sus objetivos. Pero ocurre también a menudo que el tiro les sale por la culata y que, en vez de intimidar, lo que se consigue es exasperar, irritar.

«Al principio, en 1967-68, la gente tenía verdadero miedo. Pero, desde hace algunos meses, todos hablan, todos critican casi abiertamente. La publicación de un informe sobre torturas destinado a intimidar, ha desencadenado, por el contrario, una gran corriente de indignación popular —observa un intelectual—. A la gente no le gustaba los coroneles, y lo demostraban volviendo la cabeza cuando aquéllos pasaban, pero volviendo la cabeza en silencio. Ahora, uno siente que hay una solidaridad real con los resistentes y los miles de griegos que se pudren en las cárceles y en los campos de concentración».

De hecho, circulan en Atenas —bajo cuerda, naturalmente— multitud de proclamas y de cartas llegadas de las prisiones, cartas conmovedoras, cuidadosamente manuscritas, en las que figuran las firmas de todos aquellos

que pagan sus convicciones con su libertad. Periódicos y panfletos salen constantemente de empresas clandestinas. ¡A qué precio, con qué riesgo! La gente lee todas estas hojas, pero no las colecciona. Todavía no se ha conseguido una auténtica solidaridad popular. Entre los coroneles, solos con su Policía, y los auténticos resistentes (menos del seis por ciento de la población) hay una masa hostil al régimen, pero que no lucha abiertamente contra él.

## El abanico clandestino

¿Por qué? En parte, debido a algo que podemos calificar de fallos de los diferentes movimientos de resistencia.

«Nadie ha conseguido aún hacerse con la masa»: es esto algo que confiesan sin excepción los partidos de izquierda que operan clandestinamente en el país. Las causas de este fracaso, de este dramático fracaso, pueden resumirse en tres palabras: dispersión política, divisiones internas, falta de credibilidad.

Como todos saben, la Grecia clandestina se divide en tres grandes grupos:

1. En la derecha, los «griegos libres», oficiales monárquicos, fieles a la O. T. A. N. y también al Rey Constantino. Son poco numerosos y operan en la clandestinidad. Los coroneles tratan por todos los medios de impedir que el gusano de la subversión entre en el Ejército. La semana pasada, algunos de ellos fueron trasladados a dos campos de concentración especialmente «preparados» en Samotracia y en Citeria.

2. En el centro y en la izquierda, un acuerdo teórico une, en principio, al P. A. K. de Andreas Papandréu con la Defensa Democrática y el Frente Patriótico, englobando un amplio paisaje político que va desde el centro derecha hasta el partido comunista «interior», que ha roto con Moscú.

3. Por último, en la extrema izquierda figura el partido comunista griego ortodoxo, dirigido por Kolyanamis.

Es difícil evaluar la importancia respectiva de estas tres fuerzas, ya que las únicas cifras de que disponemos son las de prisioneros y exiliados. Es fácil, por el contrario, ver todo lo que las separa (¿qué hay en común entre un Kolyanapoulos, antiguo ministro derechista, y Theodorakis?).

## Traer al Rey

El cisma que más graves consecuencias puede tener es seguramente el que ha dividido en dos al partido comunista griego. Visto desde el exterior, el debate puede parecer una simple disputa de escolares. Pero visto desde aquí, la cuestión es, a la vez, más simple y más grave: el partido comunista griego ortodoxo (Kolyanamis), el más antiguo, es el único que posee una estructura, que tiene una serie de redes, que dispone de dinero. Pero cuenta con muy pocos militantes, se piensa que Moscú se está comportando en todo este asunto casi con complacencia para con los coroneles y también porque el partido no propone más que perspectivas a largo plazo. («Esperemos diez años, quince años, el tiempo que haga falta, pero no derroquemos a los coroneles; ahora ya lo único que conseguiríamos sería traer otra vez al Rey y llevar al poder a las derechas».)

El partido comunista «interior», por el contrario, que agrupa a la mayor parte de los militantes de izquierda, carece de fondos y peca de falta de organización. «Resultado: ni unos ni otros tenemos ya influencia —me dice un comunista—. Los que nos reprochan por no haber sabido frustrar un Golpe de Estado previsible, como el de los coroneles, se muestran cada vez más disgustados por nuestras disputas partidistas, ya sea dentro de la izquierda o en el país entero. Como consecuencia, no quieren arriesgar sus vidas. ¿Para qué arriesgarse por un "clan"?».

Circula por Atenas un chiste ilustrativo de este escepticismo: En las primeras horas de la mañana, la Policía Militar llega a un edificio y toca el timbre de la planta baja. Alguien abre: «¡No, se equivocan! Aquí vivimos los comunistas. Los monárquicos son los de arriba».

Los activistas de la resistencia griega están convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos si se empeñan en persistir por este camino: ha llegado el momento de unirse y organizarse. ¿Cómo? ¿Sobre qué bases? El objetivo común prioritario es el derrocamiento de la Junta lo más rápidamente posible. Aunque sea trayendo otra vez al Rey. ¿El Rey? Que los viejos cocodrilos piensen en traer al Rey es algo completamente normal. Pero que «traigan» la Defensa Democrática, el Frente Patriótico, los comunistas, eso es ya otra cosa. Y, sin embar-



**Theodorakis y Melina Mercouri: dos figuras representativas de la Grecia en el exilio. El compositor griego, liberado gracias a la intervención de Servan-Schreiber ante Papadopoulos, trabajará por formar un gobierno con las fuerzas de la oposición al régimen.**

go: «Sí, hasta nosotros, los del Frente Patriótico, estamos de acuerdo. No lo hemos dicho oficialmente, pero todos nuestros militantes se muestran favorables a la idea, al menos como solución transitoria. ¿Por qué? Porque el tiempo apremia. Porque es una cuestión urgente. Porque —contrariamente a lo que puedan creer algunos de nuestros camaradas del exterior—, aquí pensamos que el tiempo no trabaja a favor nuestro...».

Por sorprendente que parezca, esta afirmación me la han hecho en más de una ocasión. La realidad es que las perspectivas son bastante sombrías o, por lo menos, limitadas. ¿Qué podría provocar la caída del régimen?

### **Inyecciones de dólares**

¿Una crisis económica? Hace mucho que se la espera. En 1969, el déficit de la balanza de pagos se elevó a 340 millones de dólares (en 1967 era de 220 millones y de 250 millones en 1968). Dicha elevación del déficit es cubierta por empréstitos bancarios a corto plazo, empréstitos muy onerosos que hacen que el país se endeude precisamente cuando más necesita un acelerón que lo coloque al nivel europeo. ¿Bastará ese desgaste económico para, unido a las restricciones europeas a partir de 1967, provocar la cri-

sis «explosiva» que aboliría el régimen? «Una crisis grave es posible, pero no ineludible», contestan los expertos.

En efecto, los coroneles disponen de dos medios para cubrir el déficit: el turismo (150 millones de dólares este año, 250 millones dentro de dos años) y, sobre todo, las aportaciones decisivas de Onassis y de Niarchos. Aportando a Grecia (¡si es que de verdad lo hace!) 600 millones de dólares de crédito a largo plazo, Onassis puede perfectamente salvar la situación. Gana mucho dinero creándose un monopolio sobre el petróleo bruto. Y gana, al mismo tiempo, un enorme peso político: se sabe ya a ciencia cierta que gracias a su intervención personal, Jean-Jacques Servan-Schreiber consiguió ver a Papadopoulos y «arrancarle» a Theodorakis.

¿Fantasía de millonario? ¿Capricho de Jacky? ¿Tal vez la reacción política de un hombre de negocios que prefiere un capitalismo de rostro humano a un capitalismo brutal? El futuro nos lo dirá. Pero una cosa parece cierta: los coroneles podrán salvar lo apostado gracias a todas estas inyecciones de dólares. Claro, que tendrán que pagar un alto precio: por no haber efectuado a tiempo los cambios de estructuras necesarios, Grecia perderá el tren europeo. En lugar de ser un país moderno, seguirá siendo, como dice Papadopoulos, un país «ligado a los valores tradicionales». Pero los coroneles sólo as-

piran a un nivel de vida medio —lo suficientemente elevado como para que la gente tenga algo que perder, si es que se produce algún lío —y que, por consiguiente, se quede tranquila.

¿Es de esperar, pues, una liberación del régimen, tal y como se anuncia regularmente? «Seamos serios —se me contesta—, los coroneles no son ningunos locos. Se dan perfecta cuenta de que cada medida de liberalización, por pequeña que sea, se vuelve inmediatamente contra ellos (como ocurrió, por ejemplo, con el último proceso). Los coroneles no han leído a Aristóteles, pero adivinan que la tiranía sólo se conserva de dos maneras, mediante el rigor o la moderación. ¡Ahora bien, la moderación terminaría por perderles! Y ellos lo saben como el primero. Por lo tanto, sólo las presiones exteriores podrían hacerles soltar prenda. Por eso son tan importantes para nosotros las protestas de la opinión mundial: constituyen el único medio para doblegar, si no a Papá (Papadopoulos), por lo menos a sus protectores americanos, que ahora tratan de "lavar el escaparaté" para que el bastión que tienen en esta parte del mundo resulte más presentable». Y por eso también, aquí, en Grecia, tanto la oposición de derecha como la de izquierda refutan violentamente las tesis de J.J. S.S. (ni hablar de boicot) y del Gobierno francés (por razones de eficacia, no conviene aislar a Grecia, sino, por el contrario, integrarla en

Europa). Los patriotas griegos se consideran traicionados.

### **El lavado de cerebro**

Una traición tanto más grave cuanto que el factor tiempo juega un importante papel. Hay que salvar a Grecia sin demora. Antes de que la propaganda que inunda las escuelas consiga fructificar. Antes de que se consiga silenciar a los intelectuales. Antes de que los estudiantes no tengan más que dos opciones: o vivir en el extranjero o morir en la cárcel. «Los coroneles, como todos los militares, tienen miedo a los intelectuales», dice un profesor de universidad.

«Frente al descenso del nivel medio intelectual, hemos decidido, anteayer mismo, no seguir guardando silencio —me dice un escritor—. Sean cuales fueren los riesgos, debemos utilizar el estrecho margen de libertad que nos queda para equilibrar con nuestros escritos el lavado de cerebro a que se somete actualmente a los jóvenes. El régimen trata de aplastar toda reflexión, todo espíritu crítico. Se está llevando a cabo una política sistemática de embrutecimiento. Los espíritus distinguidos arguyen que los griegos son demasiado inteligentes para dejarse engañar. ¿Inteligentes? Sí que lo eran. Pero, ¿y si la empresa tuviese éxito? ¿Y si nuestra juventud llegase a la imbecilidad o a la indiferencia total?». ■ J. A.